

# La Escatología del Apocalipsis

## INTRODUCCIÓN

El Apocalipsis está integrado por un conjunto de unidades visionales, muchas veces redactadas sobre pautas entresacadas de narraciones del Antiguo Testamento. Si la acumulación y yuxtaposición de cuadros estuvieran concatenadas según nuestra lógica occidental, sería relativamente fácil precisar *la sucesión*, al menos respectiva, de las distintas unidades. Pero el caso es muy distinto. Se tiene la sensación frecuente de que hay repeticiones, ampliaciones, interrupciones, subsunciones de un mismo cuadro.

Aun dejando aparte esta peculiaridad estilística de Juan, se tropieza en seguida con otra dificultad mucho más honda. ¿Existe una verdadera *cronología* en la narración de las visiones o todo el libro es simplemente *acrónico*? La tendencia a ver más esencias que temporalidades, cuyo enigma en la historia de la salud se solventa suficientemente, es base de grandes éxitos interpretativos; pero, por otra parte, querer prescindir de toda temporalidad sucesiva sería destruir el mismo ser consolador de las Revelaciones.

A esas fuentes de oscuridad generales puede añadirse otra que es causa de no pocas perplejidades. No es raro hallar en los cuadros visionales saltos bruscos entre dos planos: el actual y el escatológico consumando. Es típico el ejemplo de la nueva Jerusalén. Cuando se están dando notas esenciales que llevan indefectiblemente a una época enteramente final de la Iglesia, en que se comerá del árbol de la vida en el Paraíso perpetuo, en que Dios enjugará toda lágrima de los ojos de los que han sido fieles a su testimonio, se ponen inesperadamente notas que llevan a la época de la temporalidad de la Iglesia, como la utilidad de las hojas del árbol de la vida para la salud de los paganos o la afluencia de los reyes étnicos

a la Jerusalén definitiva para ofrecer dones y el brillante honor de su presencia. Si el intérprete se inclina por subrayar el alcance de los datos temporales, verá en esos pasajes una profecía de la dignidad de la Iglesia en el mundo actual; si, por el contrario, atiende a las características de eternidad, verá rasgos puramente escatológicos.

Este punto de vista en algún caso particular puede afectar al enfoque interpretativo de todo el libro. Hay quienes sólo ven en el Apocalipsis escatología. Hay quienes sólo ven historia. Es preciso delimitar desde ahora el terreno. Parece lo más obvio prescindir de los puntos de vista discutidos y analizar solamente aquellos pasajes en que todos los comentaristas, o gran mayoría de ellos, ven un sentido de postrimerías.

Aun reducido de este modo tan notable el campo de investigación, hay que evitar cuidadosamente dos extremos. El primer impulso, cuando se leen de corrida estos pasajes de sabor y contenido escatológico, es afirmar que son abundantes, variados y de riquísimas enseñanzas. Pero cuando se analizan más cuidadosamente, decrece la ilusión y aparecen repeticiones, sinonimias, vaguedades, que se antojan, al que las considere, anfibologías. De ahí los dos extremos: hay mucho de escatología, o bien, no hay nada. Ambas posiciones son exageradas. Sin duda, no hay tanto como parece, pero hay mucho.

El Apocalipsis enriquece y precisa considerablemente el cuadro, de sí vago y vaporoso, de la escatología neotestamentaria.

*Bibliografía.* Si bien se ha escrito bastante sobre la escatología del Nuevo Testamento, considerada globalmente o en los Sinópticos con preponderancia, hay pocos estudios exclusivos del libro de las Revelaciones.

Dejando, pues, en ese cuadro amplio a Vitti<sup>1</sup>, Kittel<sup>2</sup>, Ceuppens<sup>3</sup> y Volz<sup>4</sup>, no pueden pasarse por alto las vistas de conjunto

(1) A. VITTI: *L'interpretazione apocalittica escatologica del Nuovo Testamento*. «La Scuola Cattolica» 69 (1931) 434-451.

(2) G. KITTEL: Ἐσχατολογία. ThWNT II (1935) 694-695.

(3) F. CEUPPENS: *Il problema escatologico nella esegesi*, en *Problemi e orientamenti di Teologia Dogmatica* (Milano 1957) II, Apocalisse, p. 1003-1011.

(4) J. VOLZ: *Die Eschatologie der jüdischen Gemeinde im neutestamentlichen Zeitalter* (Tübinge 1934).

de Allo <sup>5</sup> ni las orientaciones de Braun <sup>6</sup> ni la polémica entre Féret y Huby <sup>7</sup>. Más particularmente tratan del tema Le Frois <sup>8</sup> y Frost <sup>9</sup>, y la disertación doctoral de Mc Call *The Eschatological Teaching of the Book of Revelation* <sup>10</sup>.

## 1 PARTE

### LA PARUSÍA Y SU PREPARACIÓN

En el problema escatológico hay que distinguir cuidadosamente la etapa que precede inmediatamente al fin del mundo, del mismo fin con sus consecuencias postrimeras. Los signos precursores del fin del mundo, la misma venida de Cristo ya como juez (con mucha más razón si se dijera que se anticipa para reinar un tiempo sobre la tierra) no son propiamente escatología. La escatología en sentido estricto es la posición como petrificada del hombre y de la Iglesia en la suprema vitalidad perpetua del mundo futuro.

La etapa que precede al fin del mundo puede llamarse subescatológica. Pero sucede un hecho notable. Mientras en otros libros del Nuevo Testamento, especialmente en la apocalipsis sinóptica, se da preponderancia a este estadio subescatológico, en el libro del Apocalipsis queda inatendido. Toda esta Parte Primera que trata de la parusía y su preparación tiene, pues, carácter negativo.

#### *El Anticristo.*

San Pablo calma a los perturbados tesalonicenses que creían inminente la venida del Señor Jesús (1 Tes. 5,1-11), dándoles las se-

(5) E. B. ALLO: *L'Apocalypse* (Paris 1933), Escatología cap. IX, páginas CXII-CXLIII.

(6) F. M. BRAUN: *Où en est l'eschatologie du Nouveau Testament?* «Revue Biblique» 49 (1940) 33-54.

(7) H. M. FÉRET: *Apocalypse, histoire et eschatologie chrétiennes*. «Dieu vivant» 2 (1946), 115-134. Es una réplica al P. Huby que había escrito poco antes en «Construire». A su vez Huby replica en «Dieu vivant».

(8) B. J. LE FROIS: *Eschatological Interpretation of the Apocalypse*. «The Catholic Biblical Quarterly» 13 (1951) 17-20.

(9) S. B. FROST: *Visions of the End. Prophetic Eschatology*. «The Canadian Journal of Theology» 5, 3 (1959) 156-161.

(10) J. G. MC CALL: *The Eschatological Teaching of the Book of Revelation*, Diss. Southern Baptist Sem. (1948-49) 194.

ñales precursoras del advenimiento postrimero de Cristo: «Primero ha de venir la apostasía y se ha de manifestar el Hombre pecador, el Hijo de perdición», el Anticristo. Cuando viniere, estará próximo el fin. Entonces, «el Señor Jesús lo destruirá fácilmente, con el soplo de su boca» (2 Tes. 2,1-17).

¿Habla el Apocalipsis del Anticristo? Si así fuera, ¿sería posible que obtuviéramos las coordenadas de tiempo y espacio para precisar en consecuencia, dentro de la historia de la humanidad, el momento de las señales precursoras del fin del mundo?

La respuesta es negativa. Algunos intérpretes quieren ver *al Anticristo* en la Bestia imperial, cuya derrota se narra en el capítulo diecinueve (19,11-21), o en la definitiva ruina de la Serpiente Antigua, en el pasaje de Gog y Magog (20,7-10). Sin embargo, hay verdadera progresión de triunfos esencialmente distintos en la trama precisa pero indefinida de la historia. Se trata de anticristos, no del Anticristo, y por lo mismo no sirven estos pasajes para determinar las señales precursoras del fin del mundo. En todo el libro flota un suave aleteo de vaguedad. Cristo vendrá como ladrón, de repente, cuando menos se le espere, impensadamente; pero ¿cuándo?

#### *La segunda venida de Cristo.*

«*Vengo pronto*» (vai, ἔρχομαι ταχὺ 22,20). Es un tema obsesionante de todo el libro. Aparece siete veces, otro caso de la presencia multiforme en realidades objetivas, subjetivas y redaccionales del místico número siete (2,16; 3,11; 16,15; 22,7.12.17.20). Se dice al principio especialmente a la iglesia de Filadelfia (3,11), pero no ha de entenderse allí del fin del mundo, sino de la proximidad de la prueba para los cristianos y de las plagas salvadoras que han de producir la exaltación de la Iglesia en el mundo. «*Vengo pronto*». Esta sencilla frase invita a perseverar y da alientos para que no se pierda la corona de gloria. «*Vengo pronto*» Así concluye el libro. Esas breves palabras indican que las predicciones que contiene el libro de la Revelación afectan a la vida presente y no pueden prescindir, al menos consecuentemente, de la vida futura. Jesús con su potencia divina *vienen pronto*, porque se cumplirán pronto las cosas narradas en el libro, porque ya empiezan a cumplirse en la época de la composición del Apocalipsis. *Vienen pronto* porque lo predicho se

realizará gradualmente a través de la historia. Se opone tal vez también, con esta frase, la brevedad de este siglo a la permanencia inmutable del futuro.

No hay nada, pues, que indique ni remotamente si *la parusia* está cercana o muy lejos en la oscuridad del tiempo futuro.

### *El quiliasmo.*

No hay por qué rehacer los pasos, complicados y sutiles, del milenarismo. Según el capítulo veinte del Apocalipsis, Satán será encadenado durante mil años, después de la destrucción de Roma, la gran cortesana, y de la ruina de las dos Bestias: el imperio romano y el sacerdocio pagano, con su falsa filosofía que alejaba a los hombres de Dios y de su verdadero culto. Entonces vendrá una época floreciente de la Iglesia, en que Cristo reinará con los suyos, durante mil años. Una vez transcurridos, el Demonio, la Serpiente antigua, será soltado del Abismo. Al verse libre seguirá su antiguo sistema. Desaparecido el imperio, tendrá que acudir a los reyes bárbaros para que se coaliguen contra la Iglesia. La intervención de Cristo y de su ejército aniquilará sin lucha al enemigo. Satán será definitivamente castigado.

Tanto por el esquema como por las palabras se ve claro inmediatamente que nos hallamos ante una narración simbólica.

Roma será destruída *en una hora* o *en un día*; la cifra «tres y medio» es frecuente. Indica un lapso de tiempo mitad de la plenitud, mitad de siete. Tres y medio significa el fracaso, si se aplica a los enemigos de la Iglesia, o el triunfo y la brevedad de la persecución, si se aplica a los amigos de Dios. Tres y medio puede indicar un tiempo de mucho años. ¿Qué será *mil* comparado con tres y medio? Una cifra indefinida, largísima. No puede precisarse más.

Los judíos imaginaban un interregno entre el siglo actual y el siglo futuro. Sería el del Mesías, puro hombre, y en él reinarían los justos. Pero sería un reino de simple felicidad terrena. Estaba subyacente la idea del Mesías terrenal.

Juan se muestra moderado. Da la cifra simbólica, *mil*; pero no dice una palabra de los bienes terrenos de un reinado terreno de Cristo. El milenio, en el contexto en que se halla, es el triunfo de la Iglesia contra Roma y su imperio hasta la época final, cuando turbaciones especiales denoten próximo, sin precisar período algu-

no, el fin del mundo. Ese es el milenio, el triunfo actual de la Iglesia. De los resucitados en Cristo se hablará al tratar de la resurrección de los muertos.

### *Conclusión de esta Primera Parte.*

Feuillet ha notado que los datos globales del Apocalipsis resuelven el problema, acuciante en algún sector de la primitiva Iglesia, sobre el retraso de la parusía (11). El Apocalipsis fue escrito, según la fecha comúnmente admitida, el 95 *post Christum*. Los otros escritos del Nuevo Testamento, anteriores a esa fecha, reflejan una disminución de la tensión escatológica. Juan aborda el problema, pero al reanudarlo lo centra mejor. La economía definitiva ha alcanzado casi su término, pero tardará mucho en cumplirse acabadamente. El fin realmente próximo está cronológicamente muy remoto. No se trata de dar fechas. Las voces de los siete truenos, enteramente simultáneas con el mensaje del ángel que anuncia el próximo fin, han de ser selladas por voluntad divina (10,4). Sellar una visión indica, según Daniel, que su cumplimiento está muy lejano (Dn. 12,9). No hay que confundir la parusía de Jesús, individual para cada hombre, o la que trae consigo la destrucción de Roma, con la auténtica parusía del final de los tiempos.

## II PARTE

### EL FIN DEL MUNDO

#### *La muerte primera*

Dos notas caracterizan la doctrina del Apocalipsis sobre la primera muerte, requisito indispensable para la vida futura. Pero es típico de su doctrina y de su lenguaje darla en sí por supuesta y ni siquiera se nombra de modo directo y subsistente.

Ante todo, se supone en el mensaje a las siete iglesias, cuando Cristo, de diferentes maneras, exhorta a los cristianos a sobrellevar y a vencer la persecución religiosa que va a levantarse contra

(11) A. FEUILLET: *Parousie*. DBs, VI, 1331-1419.

la naciente Iglesia. «Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida» (2, 10). Cuando, de mil maneras, se promete y ponen ante los ojos de los perseguidos los premios que recibirán por su fidelidad, se pretende ante todo animar y consolar, y en tanto se supone la muerte primera en cuanto es requisito indispensable para obtener los premios futuros.

El otro aspecto es típicamente joanneo. Le preocupa poco a Juan el momento de la muerte. La única importancia está en la condición espiritual del alma, si unida o separada de Cristo. En la situación en que se halle quedará petrificada al fin de su vida, cuando le llegue, según sus merecimientos, la muerte segunda, que es la definitiva, o la vida verdadera y eterna.

### *La resurrección de los muertos*

Hay que distinguir cuidadosamente dos estadios de los hombres después de la muerte. Primero, el del alma gloriosa. Las apariciones celestes, con los cánticos triunfales en el esplendor de la gloria, denotan el primer estadio. Por ejemplo, la gran turba innumerable de toda nación, tribu, pueblo y lengua que con palmas de victoria entona un himno al que está sentado sobre el trono (7, 9-10) refleja la gloria de las almas en el cielo. O, mejor, al abrir el Cordero el quinto sello, aparecieron bajo el altar celeste las almas de los martirizados por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. A su clamor de justicia para la gloria divina y exaltación de la Iglesia, se les dice que esperen un poco, hasta que se llene el número previsto y predeterminado por Dios de sus consiervos que han de sufrir igual martirio, y se les da entre tanto un uniforme blanco (6, 9-11). Hasta aquí no se dice nada que denote un avance de conocimientos esenciales en la enseñanza escatológica.

El segundo estadio es el de la resurrección de la carne. A su vez es doble. El primero, no en orden cronológico ni literario siquiera, sino en amplitud y magnitud, es la resurrección general de todos los muertos, grandes socialmente y pequeños. Están puestos ante el trono divino para ser juzgados. El mar entonces dio sus muertos; la Muerte, personificada, y el Hades dieron sus presas (20, 11-15). Es el mismo tipo de la resurrección de los dos testigos, cuyos cuerpos destrozados fueron vivificados nuevamente por Dios y arrebatados al cielo (11, 11-12). Pero aquí se introduce algo típicamente exclusivo del Apocalipsis: *la resurrección primera*.

Más extensa y precisamente se habla de ella en el milenio.

Las almas de los degollados por la causa de Cristo (τῶν πεπελεκισμένων) revivieron y reinaron con Cristo mil años. Los otros muertos no revivieron hasta que se cumplieron los mil años. Son felices los de la resurrección primera. Su estado es tal que ya no han de temer la muerte segunda, o sea la condenación eterna (20, 4-6).

¿Quiénes son los que resucitaron en la resurrección primera? Ante todo, se ha de excluir la resurrección de *las primicias*, de Cristo y algunos de los suyos, en frase de Pablo a los corintios (1 Cor. 15, 20-23), que son anticipo de la resurrección final. Porque la problemática del Apocalipsis es totalmente distinta. Se habla en él de los mártires que sobrellevaron airoosamente la persecución.

Agustín, y algunos que le han seguido, la entendieron, conforme a una explicación espiritual, de los bautizados y de los que viven la vida de la gracia, que han resucitado de sus pecados y esperan la resurrección segunda de vida eterna. Acomodan el sentido escriturístico.

Otros, como Boismard, ven simplemente una resurrección social, de gloria y honor, de la Iglesia perseguida, cuando cae precisamente Roma y su imperio, al modo de los esqueletos resucitados de Ezequiel que son el pueblo de Dios nuevamente exaltado (Ez., 37). Así, los dos testigos, Pedro y Pablo, resucitarían de su postración martirial gloriosamente en la veneración pública y oficial de la Iglesia en pleno día.

Wikenhauser dice que Juan ve realmente en su visión la resurrección de los mártires y el reinado de Cristo. Pero sus visiones, cuando se traducen a la realidad, no son más que una predicción simbólica del futuro. No se nos asegura que tal resurrección y tal reino sean una realidad temporal terrestre, igual en todos sus pormenores a la visión.

«El cielo nuevo y la tierra nueva» (21, 1)

Juan, como presupuesto de un nuevo orden de cosas, dice que vio un cielo nuevo y una tierra nueva. El cielo primero y la primera tierra pasaron. Y el mar, foco de turbulencias y pasiones, ya no existe (21,1). Es, sin duda alguna, el escenario requerido para la nueva Jerusalén definitiva. Pero no hay que exagerar el alcance de estas expresiones.

Es una constante del judaísmo postular para un nuevo orden de cosas debido a una especial intervención de Dios en la historia de la salud, un nuevo cambio de escenario terrestre. Con el primer hombre se crean cielos, mar y tierra. Después del pecado de la humanidad y del Diluvio, Noé ve una tierra nueva. En el mismo Apocalipsis, cuando gradualmente caen las plagas que tienden a convertir con divina pedagogía a los enemigos de la Iglesia, primero las islas y los montes se conmueven; luego, más tarde, desaparecen ante una nueva intervención de Dios, más grave, sobre el mundo; finalmente, hay un cielo nuevo y una tierra nueva, porque también el triunfo de la Iglesia es definitivo.

### III PARTE

#### EL JUICIO

Son muchos y claros los testimonios del Apocalipsis que llevan a las postrimerías decisivas de la humanidad.

#### *El juicio universal*

En solo seis versículos se describe este trascendental momento escatológico. Las condensadas expresiones entroncan perfectamente con la clásica explicación de Mateo (Mt., 25. 31-46), cuando se separarán los buenos y los malos como están separados los blancos corderos de los cabritos, al abreviar aun hoy los pastores palestinos sus rebaños, como en las inmediaciones de Naim. Tanto en Mateo como en el Apocalipsis se subraya conscientemente y con insistencia que cada uno será juzgado según sus obras (*κατὰ τὰ ἔργα αὐτῶν* 20,11-15).

«*El libro de la vida*».—El Apocalipsis distingue con gran cuidado dos clases de libros, en el momento del juicio. Primero, el grupo general de los grandes libros, donde está escrito lo bueno y lo malo que en su vida hizo cada uno de los muertos resucitados, al ser juzgados (20, 12).

Dice San Agustín: «Se ha de entender [por el libro de las acciones de los hombres] una cierta fuerza divina, en virtud de la cual serán presentadas a la memoria de cada uno todas sus obras, buenas y malas, y se le mostrarán con una maravillosa rapidez en una intuición intelectual, de tal manera que la ciencia acuse o excuse

la conciencia, y todos y cada uno sean juzgados a un mismo tiempo» (12).

Pero es típico, aunque no exclusivo del Apocalipsis, hablar del librito de la vida (ἄλλο βιβλίον). Es el libro de la vida del Cordero. Los que no se hallen escritos en él serán condenados a suplicio eterno. Quien está inscrito, puede ser borrado por su mala conducta (3,5; 20, 12,15; 21,27; 22,19). El prototipo del libro de la vida hay que buscarlo en el Antiguo Testamento. Los israelitas estaban escritos desde el tiempo del Exodo en el libro del pueblo de Israel. El que no figurase en él no se consideraría del pueblo escogido. Más tarde vino a indicarse que el que no tuviera su nombre escrito en el libro de la vida, no participaría de las promesas mesiánicas. Aquí, en el Apocalipsis, el libro de la vida es un librito, distinto de los de las acciones, en el cual figuran los nombres de los que han vivido justamente, que son los predestinados a la salvación.

Dice San Agustín: «Este libro [de la vida] no sirve para ayudar a la memoria de Dios, a fin de evitarle el fallo de un olvido. Significa la predestinación de aquellos a quienes será dada la vida eterna. Efectivamente, Dios no los desconoce y no necesita de ese libro para leer sus nombres y conocerles; antes bien, su presciencia en este punto es el libro de la vida, en el cual ellos están escritos, es decir, son conocidos con antelación» (13).

Siguen, naturalmente, en la serie de hechos escatológicos dos apartados opuestos, de múltiples conceptos afines: 1.º) La muerte segunda, con el *Lago de fuego* y los castigos eternos, y 2.º) Los premios eternos del cielo con el reino futuro.

### 1.º *Muerte segunda, Lago de fuego, castigos eternos*

*La muerte segunda* es la condenación eterna. Sólo Juan, el cantor de la vida (ζωή) en su exuberante plenitud, pudo congruentemente acuñar la contrapartida de la *muerte segunda*. Se la define expresamente y se dice que es el *Lago* o *Estanque de fuego*, es decir, en nuestra nomenclatura, el Infierno. El que venciere la gran prueba contra su fe y los que resucitaren con Cristo ya no habrán de temer la muerte segunda (2, 11; 20, 6).

(12) *De Civitate Dei* 20, 14.

(13) *De Civitate Dei* 20, 15.

Lo que los Sinópticos llaman *geenna* (Mt., 10, 28; Mc., 9. 42. 46; Lc., 12, 5), el Apocalipsis conoce por *Lago de fuego*. El Lago de fuego arde siempre con azufre. En él son arrojadas vivas las dos Bestias, el poder imperial romano, concrecionado en sus emperadores, y el Pseudoprofeta o los sacerdotes paganos en connivencia con las idolatrías e inmoralidades de Roma (19, 20). Al Estanque de fuego es arrojado definitivamente el Diablo después de su fallido intento de destruir a la Mujer celeste, a su Hijo y a la Iglesia, valiéndose de ejércitos terrestres enemigos (20, 9). Consecuentemente, al final de los tiempos, el Hades y la Muerte, dos ángeles malos, serán arrojados en el Estanque de fuego y azufre (20, 14). El que no estaba escrito en el libro de la vida era arrojado al Infierno (20, 15). Precisamente éstos eran los malvados, «los remisos o apóstatas (δειλοῖς), los incrédulos o infieles, los moral y religiosamente pervertidos (ἑβδελυγμένοις), los homicidas, los fornicarios, los dedicados a artes mágicas o brujerías, los idólatras; y, según frase muy de Juan, todos los que obraron la mentira, no queriendo la verdad que es Cristo Jesús, su doctrina y su obra, tendrán su parte, herencia o porción en el Estanque que arde con fuego y azufre, que es decir la muerte segunda» (21, 8).

Su *tormento será eterno*, porque el que beba del vino de la ira de Dios será atormentado con fuego y azufre ante la presencia de los santos ángeles y ante la presencia del Cordero, y el humo de los tormentos de ellos subirá por los siglos de los siglos (εἰς αἰῶνας αἰῶνων), y en esta eternidad no tendrán pausa o descanso ni de día ni de noche (14, 10-11; cf. 20, 10).

## 2.º *Los premios eternos del cielo y el reino futuro*

Donde más maravillas revela la escatología del Apocalipsis es en los premios eternos prometidos y conferidos a los que han sido fieles a Cristo y a su causa, incluso hasta la muerte, si ha sido preciso. Al fin y al cabo el Apocalipsis es un libro consolatorio para las comunidades cristianas del primer siglo que iban a ser sacudidas por las persecuciones antieclesiásticas, pero también es consuelo de la Iglesia de todos los tiempos.

No hay una de *las siete cartas* dirigidas a las iglesias locales del Asia Menor que no contenga uno o varios premios escatológicos. Se ponen ante los ojos de la esperanza a los miembros de las distintas cristiandades.

A Efeso: Al que venza le dará Cristo a comer del árbol de la vida que está en medio del Paraíso de su Dios (2, 7), como ampliamente se dirá en el capítulo final de todo el libro.

A Esmirna: «Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida» (2, 10).

La piedrecita blanca que se promete al vencedor de Pérgamo es probablemente el santo y seña que le ha de permitir entrar en el banquete donde el maná escondido simboliza la visión beatífica (2, 17).

Al vencedor de Tiatira se le promete coparticipación en la dignidad mesiánica de Cristo, pero, sobre todo, así como El lo recibió de su Padre, le dará *el astro matinal* (τὸν ἀστῆρα τὸν πρωϊνόν 2, 28). Esta frase que luego se aplica a sí mismo Jesús, cuando dice que es el *astro espléndido matinal* (22, 16), es ambigua y la versión de la *Vulgata* ha inducido a identificarla con *la estrella de la mañana*, el planeta Venus, precursor del día. Pero tal explicación no da sentido. Múltiples razones y los estudios en este punto de Boehmer (14) y de Dölger (15) me inducen a interpretarla como el sol, el gran φωσφόρος o astro que trae la luz. A lo largo del Apocalipsis los seres celestes van vestidos de sol. Jesús promete al vencedor las dotes del cuerpo glorioso.

Al vencedor de Sardes le promete Cristo vestido blanco, símbolo en todo el Apocalipsis de la santidad y pureza y gloria de los habitantes del cielo. Le promete además reconocerle gloriosamente como suyo ante su Padre y ante los ángeles de Dios (3, 5).

El vencedor de Filadelfia será columna mística en la nueva Jerusalén celeste con el tatuaje imborrable del Dios vivo y el nombre de Cristo, hecho para siempre posesión eterna de Dios (3, 12).

El vencedor de Laodicea se sentará en el trono de gloria de Jesús, como Jesús se sienta en el de su Padre. Efectos escatológicos de la filiación divina de los hombres (3, 21).

### *El reino futuro*

El capítulo veintiuno es el triunfo final de la Iglesia. Es imposible que se refiera solamente a la Iglesia militante o del tiempo. Ha de referirse a la Iglesia de la eternidad. Es la cúpula magnifi-

(14) J. BOEHMER: *Tag und Morgenstern?* «Zeitschrift für neutestamentliche Wissenschaft» 22 (1923) 228-233.

(15) F. J. DÖLGER: «Antike und Christentum» VI (1935) 1 ss.

ca de todo el libro, sin el cual quedaría truncado e incompleto. Se nos revela que no solamente la Iglesia vencerá a los poderse hostiles en el siglo, sino que tendrá una gloria eterna en Dios y con Dios.

A través de la nueva Jerusalén de piedras preciosas se describe, bajo imágenes pedidas de prestado al Viejo Testamento, la gloria escatológica de los salvados. No necesitarán templo en esta ciudad suprema, como necesitaba la Jerusalén temporal, porque Dios, el Padre, y el Cordero estarán en medio de ellos. No necesitarán luz, porque la gloria divina los iluminará (21, 23; 22, 25). Verán la faz de Dios, donde, con un solo pronombre (τὸ πρόσωπον αὐτοῦ), cuando se habla inmediatamente antes del trono de Dios, el Padre, y del Cordero (22, 3-4), se indica por lo menos (¿y qué más puede desearse?) la visión beatífica. En el culto litúrgico celeste y en el reinado eterno, los santos no podrán ser perturbados jamás por cosa profana ni por los que hayan cometido abominación y mentira (21, 27). Beberán de la fuente de agua viva, que significa la participación de la vida divina, sin velos ni recelos (22, 1). A orillas del río del agua de la vida se cumplirá el plan frustrado del Paraíso perdido: la arboleda del fruto de la vida dará plena juventud eterna a los salvados (22, 2). En este estado glorioso no habrá ya más prohibiciones o maldiciones o anatemas como en el primer Paraíso. La ciudad y sus habitantes serán siempre agradables a Dios (22, 3). Secará Dios toda lágrima de los ojos de los santos resucitados (7, 17). El llanto no será posible.

Entonces tendrá razón suprema el eco ingente, como olas del mar, como truenos potentísimos, de los coros celestes, acompañados del son de arpas grandísimas, formado por la voz de los cuatro Vivientes, guardianes del trono de Dios, ángeles perfectísimos, y la voz de los veinticuatro Ancianos, representantes del Israel eterno de Dios, y la voz de las miríadas de miríadas angélicas, y la voz de las inmensas multitudes que lavaron sus uniformes en la sangre del Cordero:

Santo, santo, santo,  
*Supersantísimo,*  
 oh Yahweh,  
 oh Dios,  
 oh Dominador de todo (παντοκράτωρ)  
*de los seres creados y de la Historia,*  
 el que era, el que es y el que será (4,8).

Y atribuído a Dios, el Padre, sentado en el trono, y al Cordero, el sagrado septenario :

La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias  
y el honor y la potencia y la fortaleza  
*por los caminos de la creación y por los caminos de la historia de la salud  
sean dadas y pertenecen a nuestro Dios por los siglos de los siglos*  
[Amén (7,12)]

#### CONCLUSIÓN

Esta es, esbozada a grandes rasgos, la doctrina escatológica del Apocalipsis. Enraizada en las genuinas profundidades del Antiguo Testamento, continuación y corona de las enseñanzas neotestamentarias. Ante la riqueza de su contenido sólo cabe un sentimiento: emoción ante el mensaje y resonancia de alegría ante el espíritu con que fue escrito el libro, que es de suprema consolación, por habérsenos revelado en él el misterio de la historia y del dolor de la Iglesia perseguida y su inevitable y absoluto triunfo eterno y con ella los de aquellos que han guardado fielmente la palabra de Dios y el testimonio de Jesús.

SEBASTIÁN BARTINA, S. I.